



# Los años de la Guerra Grande

*Una añeja señora  
anónima: el  
comienzo de las  
fotos familiares en  
Montevideo.*



## Un Abate exhibe cierto portentoso aparato

El 25 de febrero de 1840 llegó a nuestro puerto una fragata en cuyo mástil ondeaba la bandera francesa. Su nombre parecía aludirnos: se llamaba “Oriental”. El público la esperaba con viva curiosidad porque se sabía que traía a bordo un reciente invento mundial que ahora podría conocer Montevideo.

Señores, algo de no creer: se dice que un francés ha encontrado un procedimiento por el cual se puede fijar sobre un papel la imagen de una cosa o persona. Pero entendamos bien: no es que la dibuje, no vayan a pensar eso. Es que la reproduce tal cual hasta en sus más ínfimos detalles. ¡Es talmente un milagro! Y como su inventor se llama Daguerre, este procedimiento asombroso ha sido bautizado “daguerrotipia”, y la imagen impresa “daguerrotipo”.

Fue tal la conmoción que produjo este invento, que el gobierno francés de Luis Felipe decidió fletar un barco para que recorriese el mundo llevando la buena nueva a todas partes, mediante exhibiciones públicas del flamante artefacto. Tal era la misión de la fragata “Oriental”, y ahora le tocaba el turno a Montevideo.

Pero no era el propio inventor Luis Jacobo Daguerre quien tendría a su cargo la emocionante demostración. Para ello viajaba especialmente en el na-

vío alguien que había aprendido a manejar el aparato con tanta precisión y soltura como el inventor mismo (que seguramente había quedado en París inventando otras cosas). Y para colmo de venturas, este enviado del gobierno francés que vino con el cometido de deslumbrarnos, era un Abate, no un técnico cualquiera. ¡Como para que no hubiera asombro y expectativa en la ciudad!

Desciende de la fragata empavesada el Abate Comte (que así se apellidaba), llevando en brazos el misterioso dispositivo debidamente envuelto para que la multitud no pudiera encontrárselo de buenas a primeras. Y para asombro de todos, Abate y máquina se encaminan muy ufanos hacia la sala de sesiones de la Cámara, porque no era cuestión de hacer demostraciones ante público rústico y vulgar.

La sala estaba colmada hasta el tope. Era más que nada gente de gobierno y de las grandes familias montevidéanas, que no querían perderse el histórico momento. Y en ese insigne escenario, aunque no se pueda creer, el Abate hace no sé cuántas manipulaciones misteriosas, y de pronto aparece proyectada en un telón... ¡nuestra Iglesia Matriz tal cual todos la conocemos! Un “Ahhhh!” de unánime pasmo dio paso a un aplauso delirante de la calificadísima concurrencia, que se resistía a creer lo que estaba viendo.

A nadie le importó, a decir verdad, que en el daguerrotipo de nuestra Catedral apareciese tronchada una de las torres. A cambio de esa mutilación era posible descubrir al fondo de la lámina una parte un tanto difusa de nuestra bahía, y hasta un borroso retazo de una nave anclada en nuestro puerto.

Esa fue la exhibición matutina. Pero el Abate Comte nos tenía reservada una buena sorpresa. Por la noche hizo una segunda demostración, ésta en la casa del señor Presidente en ejercicio, don Santiago Vázquez, y allí apareció, ante la concurrencia boquiabierta... ¡una toma de la sesión de la Cámara durante la primera presentación de esa misma mañana! No hay duda de que el Abate era un experto en golpes de efecto, hábil manipulador de psicologías y showman consumado.

El daguerrotipo dio tema de conversación por mucho tiempo en nuestro Montevideo. En los comentarios que iban y venían, hasta salió a relucir el nombre de Niepce –Nicéforo Diego– que había sido coinventor del procedimiento. Pero como tuvo la ocurrencia de morir antes de lo necesario, no pudo disfrutar de la gloria, que quedó toda para su compañero Daguerre, incluido el nombre del bendito invento, bisabuelo de nuestra fotografía. Injusticias que comete a veces la historia.

*Así era el  
Montevideo  
que sufrió  
asedio y  
cañoneo  
durante el  
Sitio  
Grande.*



## El amanecer de una ciudad sitiada

Ese día la gente madrugó. Desde temprano de la mañana todo Montevideo está soliviantado. El vecindario entero se ha volcado en las calles. En todas las esquinas, en todos los cafés, hierven los comentarios inquietos de hombres y mujeres. Los puntos más elevados de la ciudad se ven coronados por grupos de gente que no cesa de escudriñar a la distancia con ansiedad. No hay ninguna azotea, ningún balcón, donde no se apiñen racimos de vecinos expectantes. Todas las miradas convergen en un mismo punto: el Cerrito de la Victoria, esa elevación agreste enfrentada a la ciudad apenas a tiro de cañón.

Todos saben qué va a ocurrir allí de un momento a otro. Se lo espera desde el día anterior, pero, sorprendentemente, esa jornada ha transcurrido sin novedad alguna. Sin embargo, nadie se hace ilusiones: lo irremediable sucederá, casi seguramente hoy. A una hora que todos quisieran anticipar, aparecerá en el Cerrito el despliegue amenazador de un ejército temido. Los vecinos verán emplazarse refulgentes cañones, la tropa de línea tomará posiciones, desplegará banderas, hormiguará entre los altibajos del terreno. Es el ejército del General Oribe, que viene a ponerle sitio a Montevideo en este día transparente del verano de 1843. Es el 16 de febrero.

A las 11 de la mañana, el vecindario de Montevideo se agita en súbita marejada: acaba de divisarse en el Cerrito dos soldados tan sólo, dos centinelas seguramente, como anunciando que llegó el momento esperado. La tensión

aumenta dentro de muros. Pero habrá que esperar hasta las 4 de la tarde para ver aparecer una columna entera de infantería que de inmediato toma posiciones, y emplaza sin demora seis piezas de cañón mirando a la ciudad. Montevideo enmudece, sobrecogido.

A manera de saludo sombrío, a la vez que amenazador, esos cañones disparan una salva de veintiuna detonaciones. Con una salva igual le contesta desde el puerto la escuadra de Rosas, anclada en la rada exterior. Ha comenzado oficialmente el sitio. Nadie imaginó entonces cuánto iría a durar.

Ciertamente, el inicio del Sitio no tomó de sorpresa a Montevideo: desde varios días antes la ciudad venía preparándose. En la víspera misma los vigías del atalaya del Cerro habían divisado al ejército de Oribe desplazándose a lo lejos, ya a pocas jornadas de Montevideo. Entonces los preparativos de la ciudad se volvieron febriles.

Las trincheras no estaban todavía concluidas: quedaban partes sin zanjas y sin muros de protección. De apuro se mandan demoler algunas casuchas próximas, y los mismos soldados se pasan los ladrillos de mano en mano para apurar el trabajo. Ese mismo retraso generó en la ciudad fundados temores: era previsible que Oribe quisiera aprovecharlo y entonces apresurara la marcha e iniciara de inmediato el ataque.

A las 10 de la noche de aquella víspera, el Comandante General de Armas de Montevideo, previendo esa eventualidad, mandó tocar generala para probar el temple y la eficacia de sus tropas. Por lo que se sabe, todos acudieron puntualmente a sus puestos asignados y el despliegue se cumplió con toda normalidad. Fue un mero simulacro, pero permitió comprobar que todo estaba a punto en el dispositivo defensivo de la ciudad.

Pero eso fue anoche. Hoy, 16 de febrero, ya no caben más simulacros: el Sitio se ha instalado y es ahora una palpable y dramática realidad. El Gobierno colorado de la Defensa lanza una proclama: *“El Ejército de Rosas está delante de esta Capital. El Gobierno cuenta con el patriotismo de sus habitantes: reposa en él y espera en la victoria. Desde este momento, todos los ciudadanos y habitantes llamados al servicio militar, deben estar en sus puestos”*.

Llegó la noche, y el clima de esa noche fue solemne. Se esperaba un ataque fulminante del ejército de Oribe, sacando partido de su superioridad numérica. Siete mil hombres de las tres armas componían el ejército sitiador. Teóricamente eran seis mil los de Montevideo, muchos de ellos improvisados, meros civiles sin experiencia militar alguna y adiestrados de apuro. Mien-

tras, completando por mar el cerco, la escuadra del Almirante Brown bloqueaba el puerto.

Durante toda esa noche el ejército montevideano permaneció con las armas empuñadas junto al muro de la ciudad. A lo largo de las horas no se escuchaba sino el “¡Alerta!” que daban cada tanto los centinelas. Fueron momentos sobrecogedores, en que Montevideo contuvo la respiración, esperando el ataque de un momento a otro.

Pero el ataque no se produjo. Cuando comenzó a clarear, los centinelas montevideanos no daban crédito a sus ojos: el ejército de Oribe había desaparecido. Intrigados con tan insólita novedad, los jefes montevideanos dispusieron de inmediato una exploración por la zona del Cerrito, misión para la cual fue destacada una partida de caballería al mando del Coronel Faustino Velazco. Llegaron hasta el Cerrito mismo sin encontrar nada.

Por su parte, el Comandante Marcelino Sosa, con 80 hombres, extendió la exploración más lejos todavía, por ser Sosa un excelente conocedor de aquel paraje de quintas, montes, callejas cortadas, cercados y zanjas. Esta columna colorada encontró a un grupo de soldados enemigos, que le salió al cruce. Tras un breve combate, Marcelino Sosa los dispersa, tomando algunos prisioneros. Es la primera acción bélica del Sitio Grande.

Nadie pudo explicarse en Montevideo por qué razón el General Oribe, contrariando todas las previsiones, no descargó esa noche una acción fulminante, prefiriendo retirarse a nuevas posiciones cuando tenía todas las de ganar. La ciudad recién sitiada respiró con alivio.

Así se vivió en Montevideo aquel primer día dramático y cargado de tensión. Lo que nadie podía sospechar entonces era que en ese desconcertante y angustioso 16 de febrero de 1843 se había inaugurado un Sitio que habría de durar la friolera de nueve años; el más prolongado, ciertamente, de los varios que debió soportar nuestra ciudad.



## La única vez que el Uruguay acuñó su moneda

Hasta el día de hoy, y desde su origen como país, el Uruguay mandó a fabricar su dinero –billetes y monedas– en casas especializadas extranjeras, en particular inglesas y francesas. Hubo una única vez, sin embargo, en que las monedas se acuñaron aquí, en Montevideo; de una manera un tanto improvisada, en condiciones sin duda precarias y muy sobre la marcha. Pero el juego de las circunstancias no permitió otra salida, como veremos enseguida.

Ocurrió así en los primeros días del Sitio Grande, a poco de quedar Montevideo sitiada por los ejércitos de Oribe. Nuestra ciudad necesitaba urgentemente recursos para solventar los gastos de la defensa, y se pusieron en práctica diversos procedimientos, algunos extraordinariamente drásticos, como se vio en el tomo correspondiente de “Boulevard Sarandí”. Y uno de esos recursos fue acuñar nosotros mismos nuestra moneda.

Con tal objeto, el Jefe Político de Montevideo, que era Andrés Lamas, se dirigió al gobierno con fecha 9 de noviembre, proponiéndole fundar en nuestra ciudad una Casa de Moneda. La idea es aceptada, y entonces el Ministro de la Guerra, Melchor Pacheco y Obes, inicia una suscripción con ese fin.

Lo primero fue tratar de recolectar toda la plata que fuera posible, a través de donaciones voluntarias (o más o menos...) de las familias pudientes; aunque fuera plata labrada, a falta de primitiva. Y así se recibieron donativos de vajillas, joyas, estribos, empuñaduras de cuchillo, etc., con tal de que contuvieran algo del preciado metal.

Cuando Pacheco y Obes –cuya rigidez y mano dura eran proverbiales– encontró en las familias alguna reticencia, no tuvo ningún reparo en requisarles sin el menor miramiento la plata que se les pudiera encontrar. Hasta mucho tiempo después esas familias pudientes se quejaron del “despojo” a que fueron sometidas por el temido Ministro de la Guerra.

Tampoco las iglesias escaparon a las requisas forzosas. Ornamentos de los templos, cruces de altar, atavíos y adornos de las figuras sagradas, fueron a parar a la flamante Casa de Moneda para ser fundidos.

El día 13 de noviembre se promulgan dos leyes. La primera autoriza al Poder Ejecutivo a acuñar moneda de cobre hasta por la cantidad de 80 mil pesos; la segunda, moneda de plata de diez y medio. El peso y el valor de las monedas a acuñarse equivalían a las de un duro español.

*Dos montevideanitos  
ante la cámara de  
J. Vigouroux,  
Avenida de La Paz  
entre Colonia y  
Mercedes.*



¿Cómo era el diseño de esta moneda, única acuñada en Montevideo? En el anverso tendría las armas de la República, y en el reverso las nueve estrellas equivalentes al número de Departamentos con que contaba entonces el país, con una leyenda en gran destaque que rezaba “Sitio de Montevideo”.

De inmediato se instaló la Casa de Moneda en el edificio que servía de cuartel a la Casa Central de Policía. Pero el local se encontraba en pésimas condiciones, de modo que, con la mayor premura, debieron hacérsele importantes reparaciones.

Relata un testigo: “No había una cuarta de piso, una sola puerta, una reja, que no hubiera sido o construida de nuevo o recompuesta. Era el patio interior una laguna profunda e infecta. Hubo que agotarla, nivelar el terreno y enlosarlo. Y allí se construyeron dos grandes galpones de 41 varas de largo por 5 y medio de ancho para los talleres”.

Pero no sólo el local: también había que construir los equipos necesarios para la fundición de la moneda. Sin abundar en detalles técnicos, que abrumarían innecesariamente, baste decir que se fabricaron 6 hornallas, varios reverberos, crisoles y fraguas. Y hubo que contar con máquinas especiales para cortar la moneda, acuñarla, tornearla, grabarla, etc.

Resultan asombrosas, casi increíbles, la prontitud y eficacia con que fueron ejecutadas estas obras y trabajos. A menos de tres meses de aprobada la



iniciativa tiene lugar la inauguración de la Casa de Moneda, el 2 de febrero del año siguiente. Fue, por lo demás, la primera Casa de Monedas que existió en el Río de la Plata.

Ese día se acuñaron las primeras cuatro monedas de plata nacional. En una ceremonia de especial solemnidad, se puso en manos del Presidente don Joaquín Suárez la primera de ellas, en tanto que las restantes se repartieron entre los Ministros de Estado. En total se acuñaron en Montevideo unos mil quinientos pesos en monedas de plata, que después –dicho sea de paso– salieron de circulación.

En la ceremonia inaugural se pronunciaron discursos inflamados, que se encuadran a no dudarlo en la nueva retórica que acababa de poner en boga el romanticismo recién llegado a nuestras playas: *“Aquí está, señor Ministro, la hoja gloriosa y de servicio de la valiente guarnición de Montevideo. Aquí dice ‘Sitio de Montevideo’ y dulce será para nuestros bravos en armas el decir en los tiempos venideros: yo fui uno de los que resistieron los rigores de este sitio, de los que domaron –ante frágiles muros– el poder de los esclavos que desde el Plata llegaron a tocar con su lanza sangrienta y victoriosa los hielos de los Andes y las puertas de Montevideo. Fui uno de los que alzaron en las cuchillas de la tierra oriental los colores de la Patria”...*

Floja retórica, en verdad, que no alcanzó a deslucir el significado de esa ceremonia donde se buscó exaltar la ocasión única y dramática en que a marchas forzadas se acuñó moneda propia en nuestra ciudad.

## Exitos y desdichas de la primera anestesia en Montevideo

Estremece pensar que ya en pleno desarrollo de la Guerra Grande, los heridos de ambos bandos, así se tratara de amputaciones completas, debían ser operados sin el alivio de ninguna anestesia, simplemente porque ninguna había llegado todavía al conocimiento de nuestros cirujanos... Es de imaginar los sufrimientos atroces de aquellos infelices que tenían la desgracia de caer bajo la metralla devastadora o los afilados sables enemigos.

Hasta que un día de octubre de 1846 aparece publicada en el prestigioso diario montevideano “El Comercio del Plata” una noticia llamada a tener enor-

me repercusión médica entre nosotros: en Europa se acababa de aplicar por primera vez un anestésico eficaz en una operación quirúrgica.

Y a continuación el diario lanzaba el obvio desafío, que podía sonar a temeridad dadas las precariedades con que actuaban nuestros médicos en aquellas circunstancias dramáticas y penosas como son las de toda guerra en marcha: *“Confiamos en que los celosos y experimentados cirujanos de Montevideo, a quienes nuestros heridos han debido tantos cuidados en esta guerra, se apresurarán a hacer la experiencia de este descubrimiento”*.

Esa primera anestesia aplicada en Europa se preparaba con éter sulfúrico y era de obtención bastante sencilla. De modo que poco después, respondiendo a la exhortación del diario, se hace la primera prueba en Montevideo. Había en nuestra ciudad varios profesores de farmacia y química capacitados para preparar el anestésico (entre ellos un francés de apellido Prosper, bisabuelo materno del autor de este libro). Y lo que sobraban, por cierto, eran desdichados en quienes probar el novísimo producto, pues los distintos hospitales de sangre de Montevideo desbordaban de heridos de guerra.

Por lo que se sabe, fracasaron varias de las primeras tentativas, con la decepción consiguiente de médicos (pero más de los pacientes...). Hasta que el 2 de mayo de 1847, un cirujano de la Legión Francesa que defendía a Montevideo, Adolfo Brunel, informó a la redacción del diario antedicho que acababa de operar anestesiado y con pleno éxito a un artillero de 52 años de edad y de nacionalidad española. Y ésta fue –vale la pena subrayarlo– la primera vez en América que se aplicó la anestesia en un acto quirúrgico.

Pocos días después, el 6 de mayo, el mismo “Comercio del Plata” hace saber que otro médico de Montevideo, esta vez un italiano llamado Bartolomé Odicini, había practicado una segunda operación utilizando el mismo anestésico preparado en la botica de Augusto Las Cazes y administrada por el Ayudante Mario Isola (un genovés que, según puede verse en el tomo III de “Boulevard Sarandí”, introdujo poco después la iluminación a gas en nuestra ciudad...).



A partir de entonces, se operó varias veces más con aquella primera anestesia; pero no siempre la experiencia resultó exitosa, debido más que nada a los rudimentarios aparatos inhaladores.

Un año más tarde –comienzos de 1848– se empieza a aplicar en Montevideo un nuevo anestésico considerado más eficaz y perfeccionado que el anterior. Se trata del cloroformo; aunque en aquel momento, bajo influencia francesa, se le denominaba “cloroforme”, con “e” final.

El nuevo producto despierta el entusiasmo de nuestros cirujanos, por cuanto se comprueba que es mucho más poderoso que el anterior éter sulfúrico; y entonces, como es comprensible, se suceden verdaderas carreras entre nuestros boticarios para preparar con la mayor premura la nueva anestesia que los cirujanos de guerra –Fermín Ferreira, Bartolomé Odicini, Henrique Muñoz, entre otros– se apresuran a aplicar en sus operaciones.

No faltaron tampoco las notas tragicómicas en estas corridas por incorporar adelantos y progresos en este campo incipiente de la anestesiología. Así, ocurre un día que un diario publica la noticia venida de Francia, anunciando que se ha comenzado a utilizar una sustancia llamada “aldeína”, con tal poder anestésico, que en poco tiempo resultará destronado el “cloroforme” como anestesia favorita de los cirujanos.

Entonces, un químico o boticario de Montevideo (no el bisabuelo del autor) se apresura a hacer la prueba entre nosotros; pero confunde aldeína con aldeída, y prepara un producto que, por supuesto, no tuvo el menor efecto anestésico. Es de imaginar la desesperación del paciente y del cirujano (en ese orden).

No resulta difícil seguir el desarrollo de los acontecimientos en este campo de los primeros anestésicos, porque el mismo diario que lanzó la noticia de su inicial aparición, “El Comercio del Plata”, siguió informando casi día a día de los logros conseguidos entre nosotros. Es que los propios boticarios, entusiasmados con las conquistas, y acaso deseosos de difundir sus éxitos personales, eran los primeros en enviar al periódico muestras de los productos y noticias minuciosas de su aplicación feliz...